



Hugo Rodríguez-Alcalá

△▽

El dragón cautivo

(1821)

Anchas son las paredes de la cárcel; gruesa la única puerta de la celda; fuego la luz solar que calcina el patio de tierra colorada. En la puerta hay un ventanuco con barrotes de hierro. Por ese ventanuco entra un poco de mezquina claridad; por entre los barrotes se ven los naranjos del patio abrillantados por el mediodía. Los naranjos de los fusilamientos.

El prisionero mide infatigablemente, con seguros pasos, el área enladrillada del piso. Está y no está solo. Un rumor militar llena la caldeada atmósfera. Un rumor militar de jinetes al galope, de sables entrechocantes y de humosos, lejanos, estampidos de cañón. Pero son alucinaciones. Son batallas que reviven en la fiebre de una mente cautiva; vuelos de cóndor soñados desde una cueva oscura.

Allí lo tiene encerrado el Dictador desde la madrugada en que los esbirros llamaron a siete puertas de la ciudad dormida.

El prisionero es rubio, corpulento; ni la delación, ni el desengaño, ni la impotencia, nada ha apagado la dura altivez de su mirar azul. La barba dorada, crecida desmesuradamente en el cautiverio, parece negra en la semioscuridad. En el corredor suenan los pasos del centinela. Cada tres minutos el ventanuco se oscurece fugazmente al paso del soldado que lleva el alto fusil con bayoneta calada. [68]

¡Jornadas victoriosas del año Once, en aquel enero abrasador y en aquel benigno marzo! El cautivo se ve a sí mismo sobre poderoso caballo negro que vuela hacia el enemigo bajo el resplandor del largo y corvo sable que va cortando círculos en el aire. Ve los oros de su uniforme de gala brillar al sol estremecido del combate; ve filas de infantes enemigos, caladas las bayonetas, bajar los tubos de sus fusiles para hacer puntería sobre él y sus dragones; ve el choque de la caballería arrollar las masas de infantería que ya piden cuartel; ve un vasto desbarajuste de innumerables cuadros poco antes atronadores en súbitas humaredas y ráfagas de fuego; ve la estampida de escuadrones en fuga; ve el disiparse del polvo y del humo; ve las banderas tomadas, ve y oye el clarín que brilla de victoria.

El prisionero se detiene; va hacia el camastro y se tira en él. Cuenta vagamente las vigas del techo y ve otras cosas.

Pálido, frío, inexpresivo, un hombre de muy cuidada peluca, frac azul y hebillas de plata en los zapatos negros, sentado a su bufete, escribe con una pluma alta. La puerta del gabinete está abierta; dos centinelas inmóviles, a uno y otro lado de la puerta, bajo el techo del corredor, se miran sin mirarse, frente a frente.

El hombre del frac azul firma el pliego que acaba de llenar con letra arrogantemente perfilada. Con la pluma en alto, lee dos veces lo que ha escrito. Corrige el último renglón; convierte su punto final en una coma, y agrega tres palabras; y *miserables traidores*. Y entonces cierra el párrafo entero con un punto final. La salvadera vierte fina arenilla sobre el pliego. Se oye en el gabinete un nombre apenas inteligible porque la voz que lo pronuncia es ronca y destemplada. En el acto aparece una figura entre feroz y sumisa que se agacha abyectamente y murmura: [69]

-Excelencia...

-La ejecución se anticipará en una hora.

El prisionero ve su regreso triunfal a la ciudad; los cabildantes y el pueblo lo esperan en la polvorienta Calle Mayor; Matías Montes Claros comienza un discurso; cesan entonces las aclamaciones de la muchedumbre aunque aún sigan cayendo algunas flores en torno a su caballo.

¡Salvador de la Patria en jornadas inmortales...! Su monumento que ha de fundirse en bronce en todas las ciudades y villas...

Lo enardecen los aplausos y los vítores y le distrae en seguida el revoloteo de aquellas palomas en torno de la torre de la Catedral cuyas campanas están echadas a vuelo.

Desmonta del caballo negro; nota que aún hay huellas de sangre sobre el terciopelo brillante que es la piel negra. De entre los patricios se adelanta una figura adorable de

mujer, tocada de mantilla; Delfina de Guzmán trae escarapelas con cintas de los nuevos colores patrios. Con largas, finas manos, le abrocha en la guerrera roja la escarapela. Los cabildantes forman ahora un círculo en torno de él y de ella. Sus oficiales han desmontado siguiendo el ejemplo del jefe y se unen al grupo.

Delfina de Guzmán habla con voz argentina y suave; él no entiende lo que dice; son - sabe- palabras hermosas y emocionadas pero prefiere mirarla en silencio absorto en su cándida belleza. Un fervor casi religioso galvaniza a la multitud. Él no puede contestar a los discursos. Desenvaina la espada y jura consagrar su vida al ideal de la libertad. Su juramento es sólo una frase lacónica, pero [70] la voz le sale fuerte, potente, retumbante. Vuelve la espada a la vaina y da orden de proseguir la marcha hacia los cuarteles.

Hasta el camastro llega de pronto el alarido prolongado, escalofriante, de alguien que no grita como un hombre sino de un modo feral; el alarido parece venir de una caverna; el alarido se repite una y otra vez hasta que baja el sol y la celda se ha quedado completamente oscura.

Un acompasado rumor de pasos se aproxima por el corredor, en que se distingue ya el tintineo de las espuelas y el sonido característico de las espadas colgantes de los tahalíes. Frente a la puerta brilla ahora una luz; se produce un breve silencio.

-Abra la puerta, carcelero.

Rodeado de guardias y alumbrado por dos teas, un hombre todo de negro entra y se detiene en medio del calabozo; en las manos tiene un pliego que va desarrollando fríamente.

El prisionero, de pie junto al camastro, lo comprende todo antes de oír la lectura. Las teas le iluminan los ojos claros, la barba dorada, la camisa en jirones, las sucias botas granaderas.

Es entonces cuando adivina el verdadero sentido de su vida, de su destino. Comprende que su vida debe fundirse a la causa que fue su gloria; que para que esa causa no muera, tiene el que iluminar su propia muerte con un gran clamor de sangre silenciosa. Tiene él que llenar el silencio helado y el terror mudo con una hoguera de sangre desafiante; tiene él que ser la causa misma que, esperando la plenitud del tiempo, quede ardiendo años, lustros, en un río soterrado que vaya fecundando el pecho congelado de la Patria.

[71]

Calló la voz del hombre de negro; se fueron las teas, las armas, el ruido; volvió la tiniebla, volvió el silencio.

Al amanecer el camastro estaba en medio de la celda, sobre un mapa de sangre endurecida; sobre el encalado de la pared frontera a la única puerta había grandes palabras rojas: estas palabras llameaban.

«Mi sangre, que no derramará el tirano, gritará en esta celda para siempre».

Blanco, blanquísimo, el prisionero yacía en el camastro. Sus ojos miraban fijamente el techo. Los guardias salieron silenciosos de la celda. No hubo fusilamientos aquel día. Un río de airada sangre, sí, comenzó a correr, invisible, bajo la tierra.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

